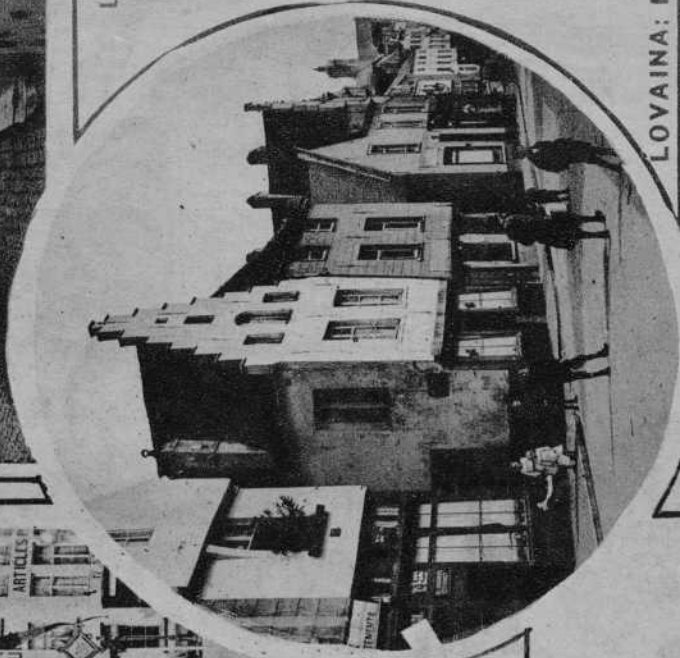
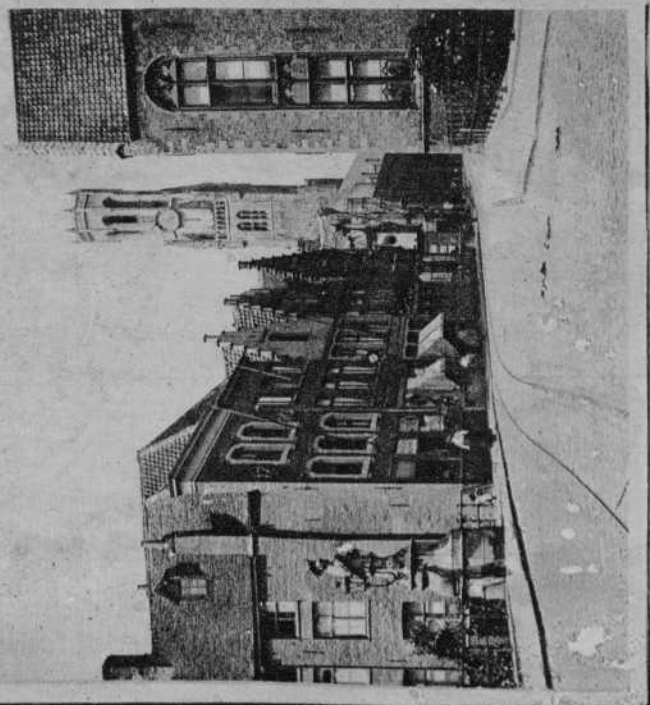


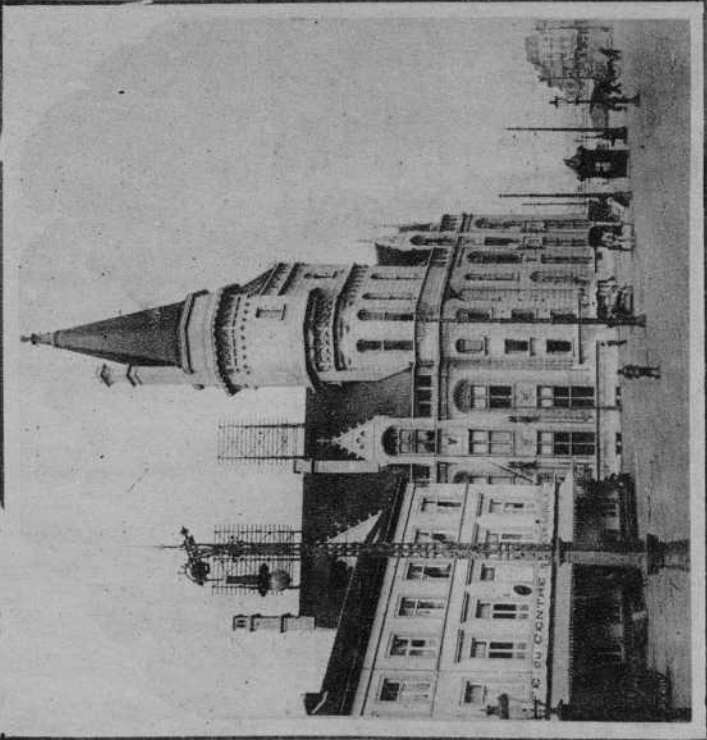
BRUJAS: Una perspectiva interesante



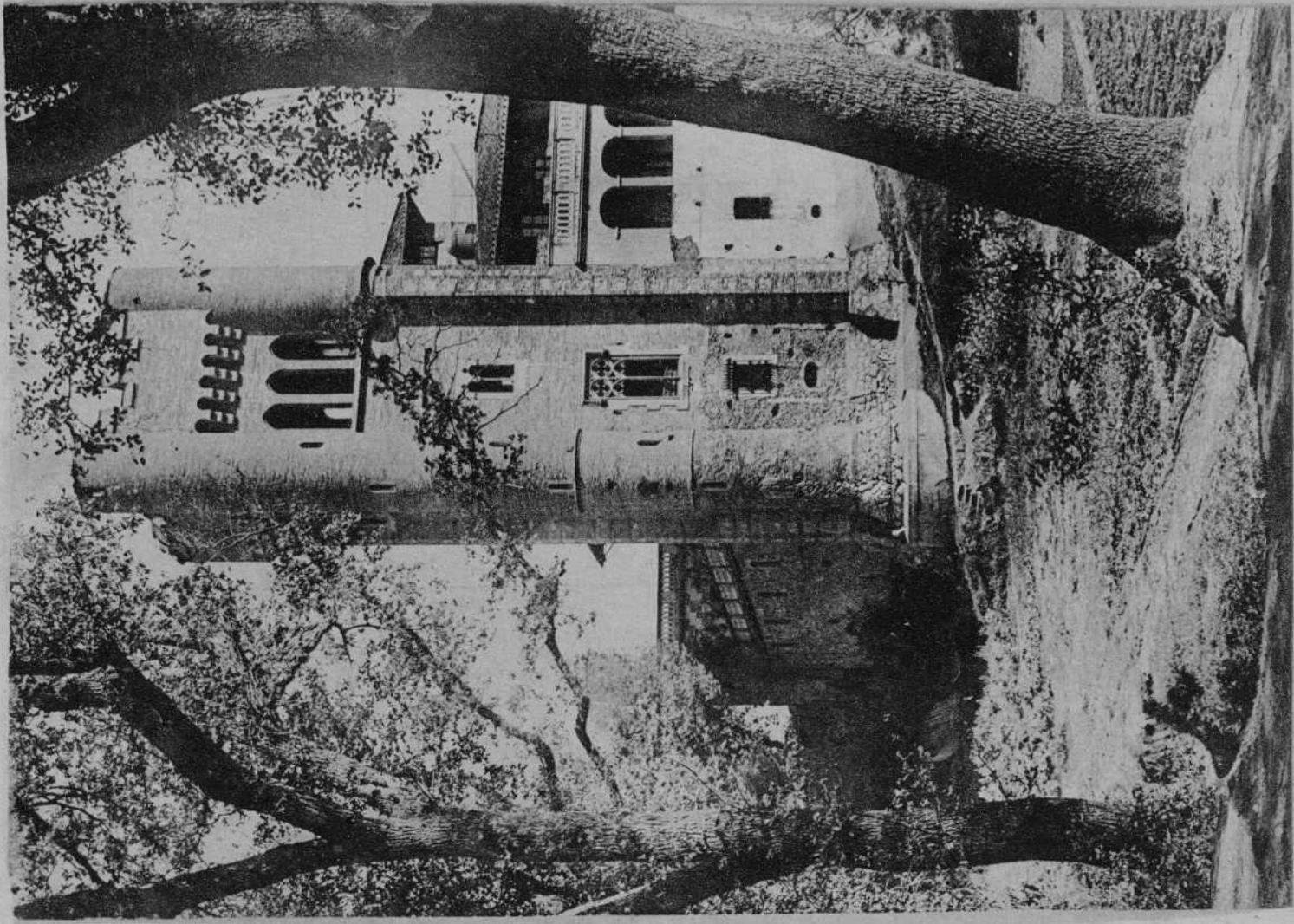
LOVAINA: El Ryle



BRUJAS: La calle de las Lanas



LIEJA: El Palacio de Correos



CASA FEU: SABADELL.—(Fot. Vilalta)



Pasatiempos

(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

General
(Por MIGUEL GRAU AYORA)

1000 NOTA N
SOL—O LAMENTO

Logogrifo numérico
(Por JOAQUIN GUASCH)

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0
1	2	9	1	9	5	3	8	6	
2	9	0	9	4	3	8	9		
1	4	6	8	9	0	3			
1	3	4	5	9	7				
4	3	8	9	0					
3	4	3	4						
7	3	5							
4	6								
8									

Real Sitio

(Por JOSE GIRIBETS Y BUSQUETS)

NOTA JA

Descansos

(Por MARIO LLANO)

Logogrifo numérico
(Por A. M. S.)

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0
4	9	3	8	5	6	7	9		
4	2	1	5	6	6	9			
1	9	3	5	3	3				
1	7	3	6	9					
6	7	6	2						
9	6	7							
1	7								
4									

Sustituir los puntos por letras, de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.º, consonante; 2.º, astro; 3.º, para bailar; 4.º, río; 5.º, planta; 6.º, juventud; 7.º, tiempo de verbo; 8.º, arterioide; 9.º, vocal.

Tarjeta
(Por JOSE PEREZ)

Gil Bosch Lerrand

Combinar las precedentes letras de modo que formen el nombre y apellido de un célebre aviador.

Isla

(Por CARMEN MARTI BUSQUETS)

VWV acetileno KR

(Las soluciones, en el número del martes).

Acuse de recibo

Miguel Grau Ayora.—Hombre, ahí lo tiene usted publicado. Un poquitin "irregu-lar", pero... ¡qué le vamos a hacer!

Joaquín Guasch.—Se publicó el logogrifo, y me guardo la "capital"—que está muy bien—para el día.

José Giribets y Busquets.—¿A que no sabe usted por qué le publico su "real sitio"? ¡Porque me da la real gana!... y porque, además, lo merecía, ¿eh?

Mario Llano.—Facienda: he aquí una virtud que no debe faltar jamás en el equipaje moral de los lectores y colaboradores de esta enorme página.

"Picantillo".—¡Hombre, por Dios! ¡Móvimiento convulsivo! Bueno, bueno, ¡que ande el movimiento!

"El Conserje dels Casats".—¡Usted no cree que, en ocasiones, también lo buscan las casadas... y no lo encuentran?

NOTA. Queda un montón de cartas por contestar.

NOVEJARKYN

El Día Gráfico

CUPON

que debe acompañar a todo envío de pasatiempo

Despierta, corazón

Despierta, corazón, despierta... Despierta que el sol de la juventud ilumina de nuevo el sendero de mi existencia, que en la nueva era de mis segunda juventud debe ser igual que la de antes, alegre y bulliciosa, entre clarines heráldicos rebosando de amor.

¿Por qué recordarla? No, debemos olvidarla.

Era bella, hermosa... sus ojos... su boca tentadora... sus mejillas ligeramente sonrojadas... sus cabellos de castaño moaré...

¿Pero... por qué te oprimes así? Me extrañes, corazón, ella no te comprendió, no supo ver que bajo un físico agrio y desbaratado encontraba un corazón de oro, noble y lleno de bondad.

¿Recuerdas aquellos días? Creíamos que correspondía a nuestro amor, su sonrisa, ingenua y linda, nos daba a entender que podíamos ser felices, mas ¡ay! el desengaño fué cruel, aquella indiferencia... aquellas palabras mortificantes...

Fué algo duro contigo; pero no fué mala, acaso su corazón, no pudo llegar a latir por ella, cuánto has sufrido por aquel ser, cuántos y cuántos desvelos por tenerla contenta. Aquella pasión que había sido frenética y loca, volvióse más tarde lenta y ordenada. Pero aún la conservas, seguramente algo adormecida.

Al conjunto de su voz cálida y angelical despertábase dentro de ti el deseo de amar. Sentías una veneración hacia ella, un respeto tan grande, que creías que tu amor era el más noble y el más puro... Sin embargo ya ves, corazón, debes ser más duro, más fuerte, como antes, sordo a los gritos del amor, incommovible a los deseos de una mujer... ella se burló de ti, ella quiso jugar... ella despreció, maltrató —un corazón—

Lloré de amor, lloré porque tú también llorabas, porque te oprimía el dolor profundo y lento que amenazaba apoderarse de ti, de vencer, cual barco sin mando arrastrado por las innumerables corrientes de la vida.

¡Pero, no! A ella debes suplantarla por otra, debe ser olvidada, aunque la mujer a quien elijas no la ames, aunque sólo sea para estumar la figura de la mujer que te rehusó...

Si, corazón; en la vida no sólo debemos amar a la primera mujer a quien conocemos sino a las demás, porque el primer amor es sólo una ilusión inverosímil y absurda.

Fuiste joven, te arrodillaste ante la amada creyéndote verte compensado, doblaste el ímpetu de tu juventud, amaste... pero ni tan sólo lograste hacer vibrar la fibra de las carnales eran la supremacía de ella.

Sofíste en ella, con venideros días de felicidad, aspiraste el placer de un amor. ¡Loco!, porque estabas en un paraíso de rosas sin ver las espinas de la vida. ¡Necio!, porque fuiste más lejos que la realidad, tu pensamiento llegó al límite del loco devaneo de la dicha...

El amor es loco, elegiste una mujer cuyos sentimientos no se ajustaron a los tu-

Rosas y espinas

Caminando hacia el camino de la vida, fragantes rosas me sonríen al mirar. Yo no sé si desvaría o adormida, pero en sueño falsa realidad.

¡Pero las rosas abren sus capullos, y jubilosas me saludan al pasar, y aunque el camino que he de seguir es [largo,

brillantes rosas piso al caminar. Son rosas muy hermosas, sin espinas. Ya más divinas en la tierra no habrá, y el aroma que de ellas se aperece, he leído según el sabio escribe, que indica todo eterna felicidad.

Andando, andando a través del camino, ya mi destino empieza a naufragar, y las rosas que antes admiraba, andaba, andaba y las dejé atrás.

Ahora sólo me quedan las espinas, que tan punzantes no las vi jamás. Y así como las rosas me sonreían, estas espinas a mí me hacen llorar.

Ya se acabaron las rosas tan divinas, encima de espinas tengo que caminar y seguir mi paso silenciosa, sin que ni una [rosa inspira felicidad.

Carmen HERNANDEZ

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Noche castellana

A mi entrañable amigo, Franco Rodríguez, en recuerdo de aquellas noches...

¡Noche castellana!... Noche ungiada de silencio, [lencio,

preñada de nostalgias de líricas quietudes de dulces añoranzas... noche quieta... noche mansa...

¡Noche castellana!... La de místicas penumbras [bras

y sonoras campanadas, de oraciones inéditas y fáciles plegarias, noche austera... noche santa...

¡Noche castellana!... La que el trovador [aflorea,

la que el poeta canta la que roba a la luna su color de plata, noche limpia... noche clara...

¡Noche castellana!... La fecunda evocadora de melódicas tonadas, de besos, de quereces, de adioses, de esperanzas... noche dulce... noche plácida...

¡Noche castellana!... La de lúgubres plañidos [fidos

de bronceadas campanas, cuyo tétrico lloro fenecía en la llamada... noche triste... noche plácida...

¡Noche castellana!... Sin rumores, sin ca- [dencias,

sin negruras, sin calmas, sin gélidas caricias de heráldicas mañanas... noche feble... noche blanda...

¡Noche castellana!... De infinitos besos salidos de enrasmadas, de rejas que no duermen, que no oyen, que no hablan... noche tibia... perfumada...

¡Noche castellana!... La de silencios

por suspiros de amadas, por copias inocentes, por ecos de rondallas... noche bella... castellana...

A. Vergel TELLEZ

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....



—Ves. Este perrito tiene cuatro meses y ya anda, mientras que tu hermanito tiene nueve y no sabe dar un paso.

—¡Qué gracia! El perro tiene cuatro patas y mi hermanito sólo tiene dos.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

La pintura moderna en la Exposición Universal de 1888

A sescuentas cuarenta y seis, ascendía el número de obras exhibidas en el Palacio de Bellas Artes, en sus ramos de pintura, escultura, grabado, arquitectura, etc., tomando parte trescientos cuarenta y nueve expositores, habiéndose deshechado sesenta y tres. Considerando que asistieron España, Francia, Bélgica y Alemania y que se trataba de una Exposición Universal, resultó muy pobre y raquítica y aún más exanimada en detalle. Francia ocupó tres salas, Alemania una pared, Bélgica sala y media. Por lo que se refiere a España, la concurrencia fue también escasa, siendo estos años antes en Madrid, una manifestación artística con más de dos mil obras correspondientes a mil quinientos expositores. En ella, estuvo completamente extirpada, la tendencia de la pintura española moderna, en permanecer fiel, al género histórico, pudiendo gozar los aficionados a ella, de asuntos tan característicos como "La visión del Coliseo", "Bendición del campo", "Invasión de las Bárbaras", "El saqueo de Roma", "La cena de San Fernando", "El Sino de Zaragoza", "Doña Inés de Castro", etcétera etc.

En la Exposición que fué en verdad la admiración de los sencillos barceloneses de entonces, figuraron además de la tal "Inés de Castro", de Martínez Cubells, "La última escena de Hamlet", del andaluz Sánchez Barbudo, apoteósico final operístico. Había además "La muerte de Lencano", de Garnelo, "Los amantes de Teruel", de Muñoz Degrain; "La mujer adúltera", de José Echena Errasquin, de Fuenterriabia; "Néron ante el cadáver de su madre", de Arturo Montero Calvo; "El conde Armentogol de Urgel", de López de Ayoala; "Las tentaciones de Budha", de Manuel Angel, etcétera. Toda esta pintura de la que nadie se acuerda, estaba ya contrarrestada por cierta tendencia, sobre todo en la pintura catalana, hacia lo anecdótico naturalista.

El notable cuadro "La rendición de Gerona", del entonces joven Lluís Barrau, con todo y su título histórico, se destacaba en medio de tanta pintura literaria apurata y falsa, por su realismo emocionante.



L. BARRAU autor de "La rendición de Gerona"

Sunamente sugestiva, resultó aquella sala de los defensores de la inmortal ciudad por la vetusta puerta del recinto amurallado, desfilando con banderas y armas, delante del general sitiador, severo pero respetuoso ante aquella falange de héroes deshechos, tristes, hambrientos, pero con la dignidad epícuramente grandiosa del heroísmo y todo aquello con sus primeros términos de sus

viejos murallones y más allá la ciudad con sus viejas montañas... El que había contemplado a Gerona en invierno, recordando sus cielos plomizos, sus horizontes tristes, sin la brillantez de los paisajes del mediodía, no podía dejar de conmoverse, ni ver la diferencia entre aquella tela tan vivida y la habilidad hueca del adre apoteósico de una "Última escena de Hamlet", de Barbu.

Esta tendencia al retorno de lo real, sólo se notaba de una manera característica en lo nuestro. Repasando las obras expuestas por los artistas españoles de otras localidades, los vemos a remolque de lo que se hace en Madrid.

Entre otros, Casado del Alisal, presentó su "Flora", Palmaroli, "San Antonio", Villalobos, "San Francisco de Asís"; Ricard Madrazo, "El último cuadro de Fortuny"; Mérida, "Flamenco", Comba, "Vuelta de las carreteras"; Pulido Peña, "El engaño". Todo pintura fría, literaria, sin un átomo de espíritu local y viviente, sólo e reflejos.

Los andaluces señores Andrés Casanovas, Estrada, García Rodríguez, Pinedo y otros, que se presentaron como paisajistas, no supieron salir de lo pintoresco y superficial, sin saber sacar partido de lo que Dios les ponía delante y los demás, como Saenz con sus "Tentaciones de San Antonio", Tirado con su "Comunión de los mártires en las catacumbas", Mathoni con "La aparición de Jesús a Magdalena", etc., etc., no hacían más que seguir la corriente general y únicamente en Valencia dejando aparte a los citados Garnelo, Martínez Cubells, Muñoz Degrain y Nicolás Cobanda con su "General Álvarez delante del pueblo de Figueras" afilados a la pintura histórica, los Agrasor, Behaveit, Calatayud, Borrás, Mompó, Pílloll, Granell, Gómez Nieto, etc., con verdadero cariño a la tierra, intentaban reflejar el medio ambiente que les rodeaba, pero tendían a lo trivial y pintoresco.

Esta tendencia rural y pintoresca estaba representada en los catalanes por Amell con sus "Estudiantes de Cataluña a principios del siglo", Ferrán con su "Alcalde de Collbató" y la "Feria de Verdu", Gatoire Oller "La fiesta mayor de Albiol", Leopoldo Roca "La fiesta mayor de Santo Tomás", etc. Había cuadros anecdóticos de Lorenzale y Rogent, Federico Trias, Planella, Rodríguez, el viejo Batistuzzi con un "interior de la Catedral de Barcelona" y el "Llano de la Boqueria", Ribera con su "Sofía del baile" y una figura de elegante señora aristocrática de un cuadro. Cusi una "Sevillana" cañita, Ferrer Miró, con su "Exposición de la Barceloneta", Torressana con su "Primavera", No faltaba tampoco Enrique Serra con su "Torneo del alma", "El voto" y sobre todo su "Lullum", muestra bien característica de aquellos sus paisajes imaginarios que le dieran tanta popularidad. Un acuaducto perdiéndose de vista, la loba



PALACIO DE BELLAS ARTES

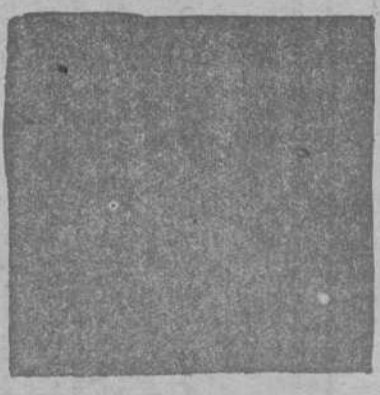
de Roma sobre un venusto pedestal y un cielo crepuscular, reflejándose sobre un terreno salpicado de lagunas. Tamburini empuñaba ya con su repertorio poético sentimental "Mayo", "Magdalena" y "Gota de lluvia", pero dejando aparte a Francisco Masiera, Mirabent, Marqués, Codina Langlin, Borrell, Gaba, Cusachs y el cuadro de historia de Eduardo Llorens "El obispo de Santander yendo a bendecir el Seminario de Comillas", la tendencia a la creación de una pintura catalana, está personificada ya en los paisajistas Galve con su "Idilio" y "Paisaje"; Meifren con su "Marina"; "Jesús apaciguando las aguas" y su "Epiólogo"; Roig y Soler con sus hermosas marinas; Urgel, con su "Vático"; Mariano Vayreda, "Flor de montaña"; José Masriera, con sus paisajes; Baixeras con dos cuadros, uno de pescadores componiendo sus redes y un pastor con su rebaño que apacienta al son del caramillo; Más y Fontdevila, se nos presentó con su "Lago de Nemi", paisaje con brumas, tranquilas aguas, verdes y frescas vertientes llenas de vida y su "Procesión en el interior de una iglesia", cuadro lleno de carácter; Llmona, con su "Prometea"; nos representó un marinerito con un cirio y en sus "Dos infancias", un viejo meciendo un niño, y así demostró que no era menester ir muy lejos para encontrar temas interesantes. Empezaron a debutar Rusiñol con un "Paí-

je", Riquer con "Santa María", Clapés con un retrato, etc. etc. Pasando a la sección extranjera, los franceses sólo dieron una nota de presencia para salir del paso. Carols Durán, envió un retrato de señora; Roll, un "Estudio", desmenuado en plena campaña, lleno de vida; Beaury Saurcel, un "Retrato" de señora vestida de negro, sobre fondo oro viejo, bien modulado y lleno de expresión; Berthelom, una marina tempestuosa. Tampoco faltaron cuadros de historia y gran composición. Moréan de Tours, nos presentó "La mort de Pichegru"; V. Scherrer "Excommunication

au XIV siècle"; A. Rixen, "La barque de Don Juan"; A. Dawson, "La barque de Saint Julien l'Hospitalier"; y figurando además entre otros los notables artistas Mr. Villmont, Julio Avat, Baboury, Bresson de Narville, Charles C. Iyer, etc., más con todo, Francia no trajo sus obras capitales y sus maestros brillaron por su ausencia. Bélgica se presentó discretamente e hizo un mayor esfuerzo que Francia, mostrando una bonita colección de paisajes impregnados de aire y de luz. Dardavys con su "Paisaje", Lamormigne con un "Crepúsculo", Augusto Densé, notable grabador y dibujante, presentó "Retrato de Rubens"; "El sátiro y el aldeano"; "Un monje orando"; E. Art, "Naturaleza muerta"; Habib aramias "Los mendicantes"; de Coenraets; "Métier de caz", de Choppet; "Por teléfono"; de Dell Agua; "Embague de emigrantes de Amberes"; de Tarnaguet; "Catedral de San Pablo"; de Augusto Mesin; "El marqués de Camoens", grande y notable lienzo de Lingeneyer (Ernesto).

Italia y alguna otra nación trajeron un primado de obras de relativo mérito, pero ninguna gran firma tomóse la molestia de venir. Barcelona había de conquistar con un esfuerzo constante el respeto a su personalidad artística, mas no había que desanimarse: el primer paso ya estaba dado. Joaquín BAS GICH

Relato breve y curioso, de un país maravilloso



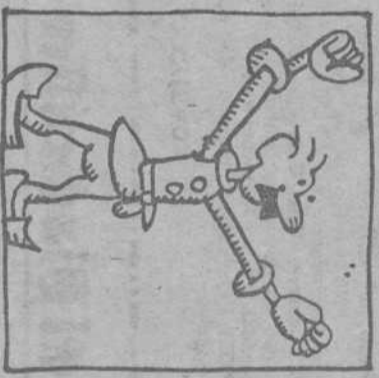
La situación sigue oscura y en medio de esta neblina la verdad es que el buen rey no ve muy clara la ley.



Y aunque es hombre liberal, dicta una ley radical. Por ver si el súguro no peca manda imponer la ley seca.



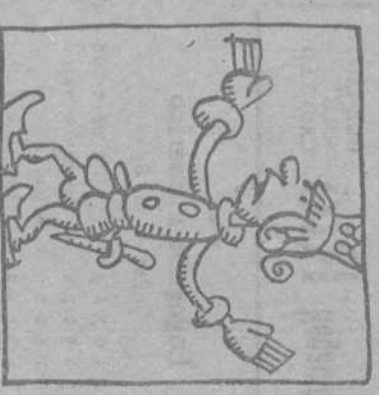
Pero el súguro, muy sereno, se alegra de verle bueno y empuñando el fiel porrón declara la rebelión.



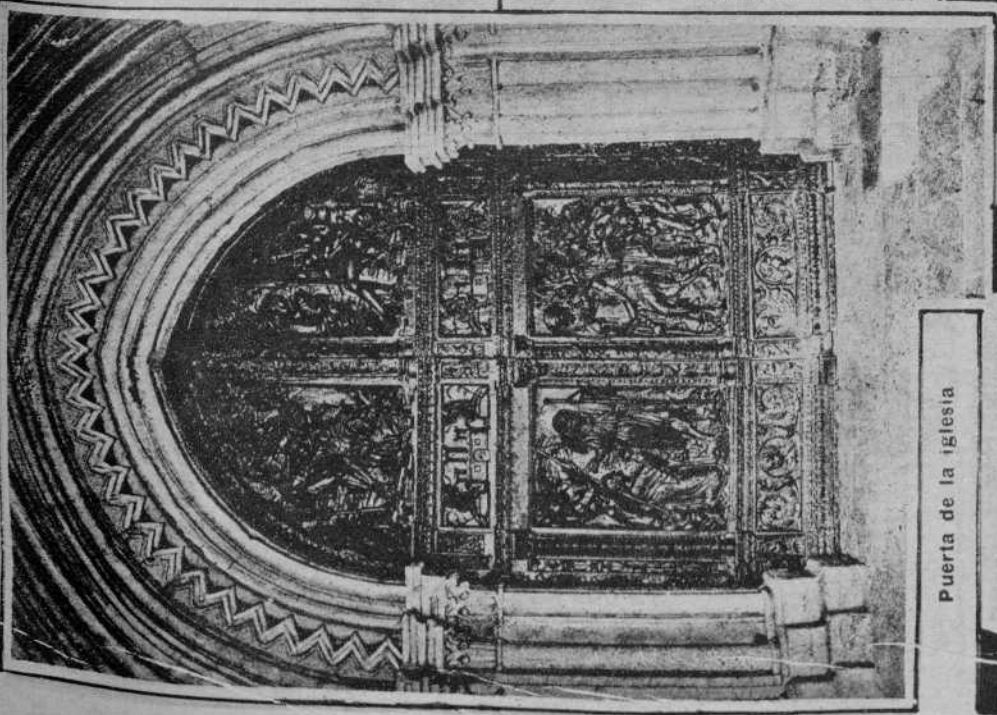
—En cuanto vea a mi yerno le voy a mandar al cuerno... ¡Por rey que sea el "indino", a mí no me quita el vino!



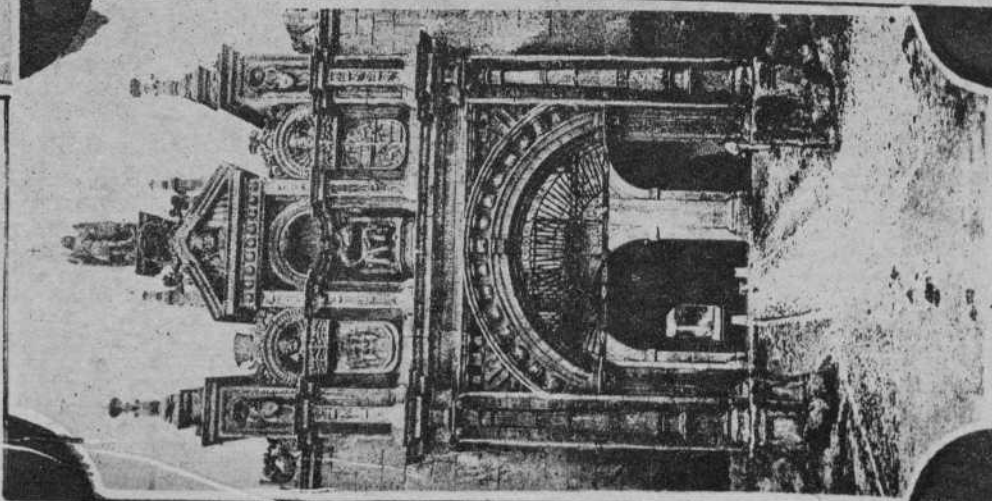
La hija del zapatero, viendo a su padre tan fiero dice a su real marido que el divorcio ha decidido.



Y ante el drama singular de índole familiar, el rey, con ira exaltada, piensa hacer una "burrada".

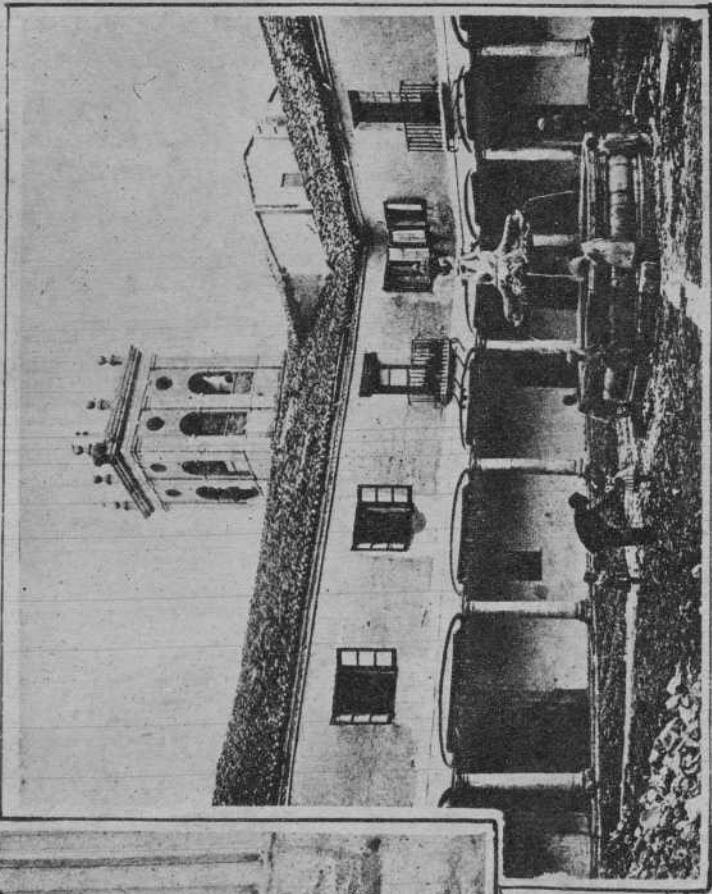


Puerta de la iglesia

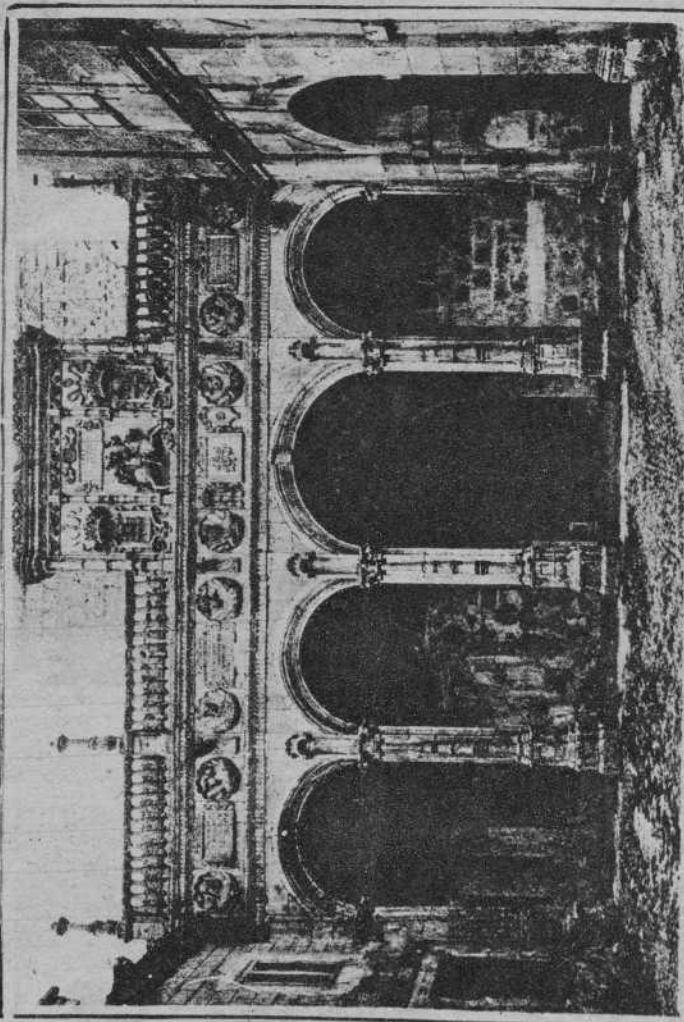


Puerta del atrio

El arte en
España
HOSPITAL DEL REY
EN BURGOS

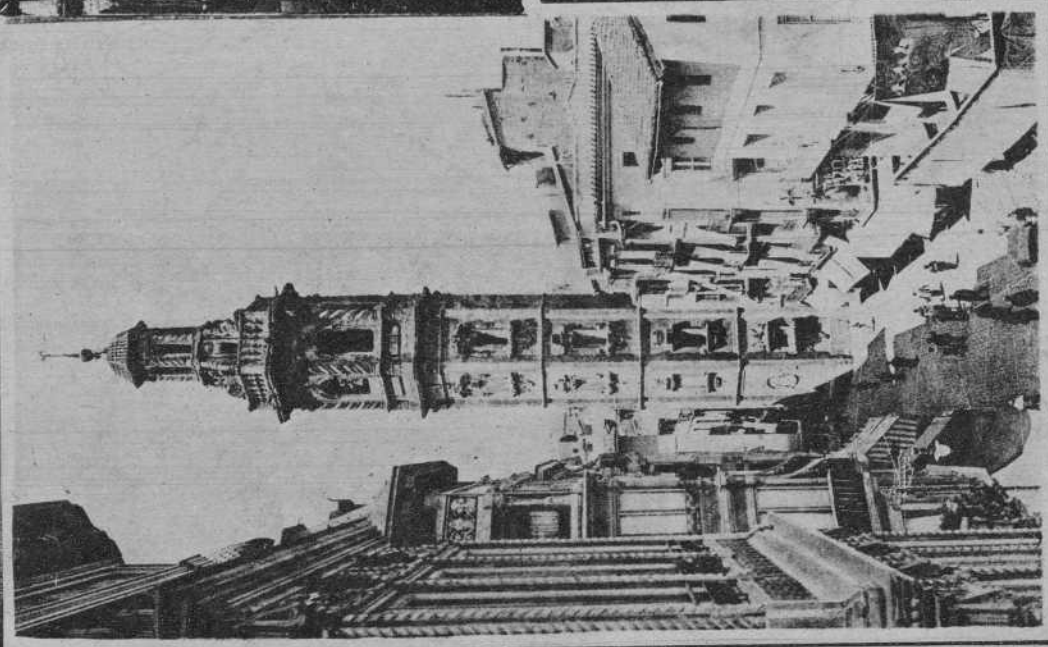


Patio del Comendador

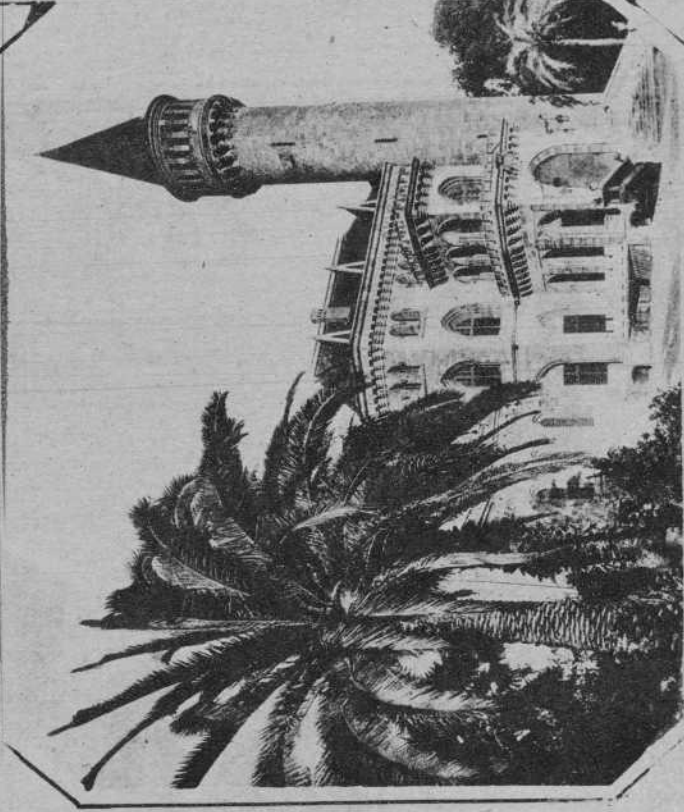


Los pórticos

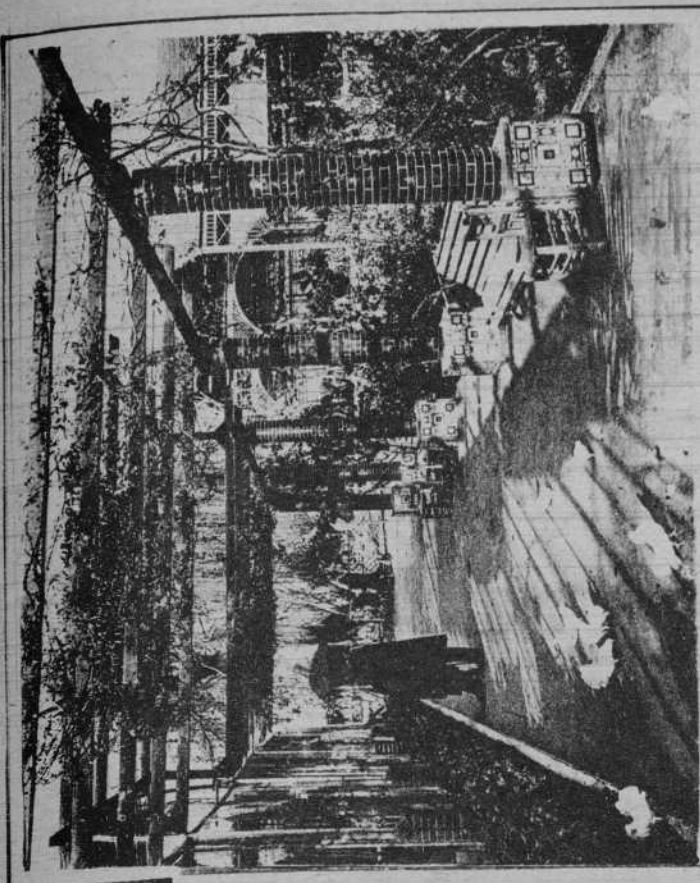
Las grandes ciudades
españolas.
VALENCIA



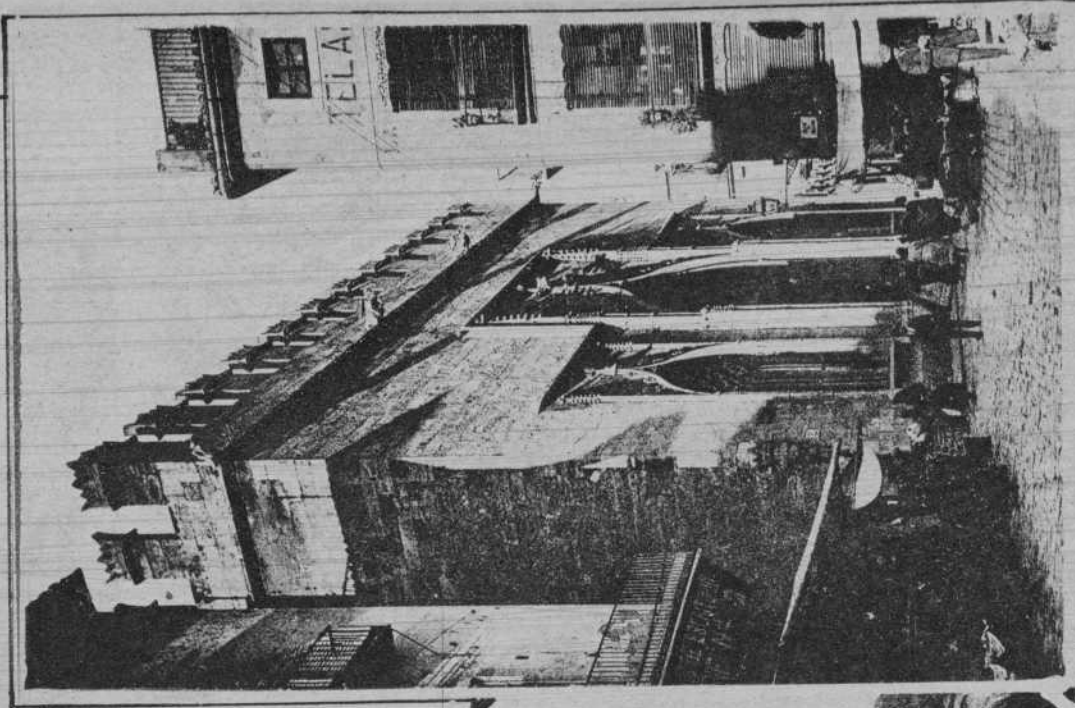
La atrevida y enhiesta torre de Santa Catalina



El severo castillo de Ripalda



Un bello rincón de los Viveros



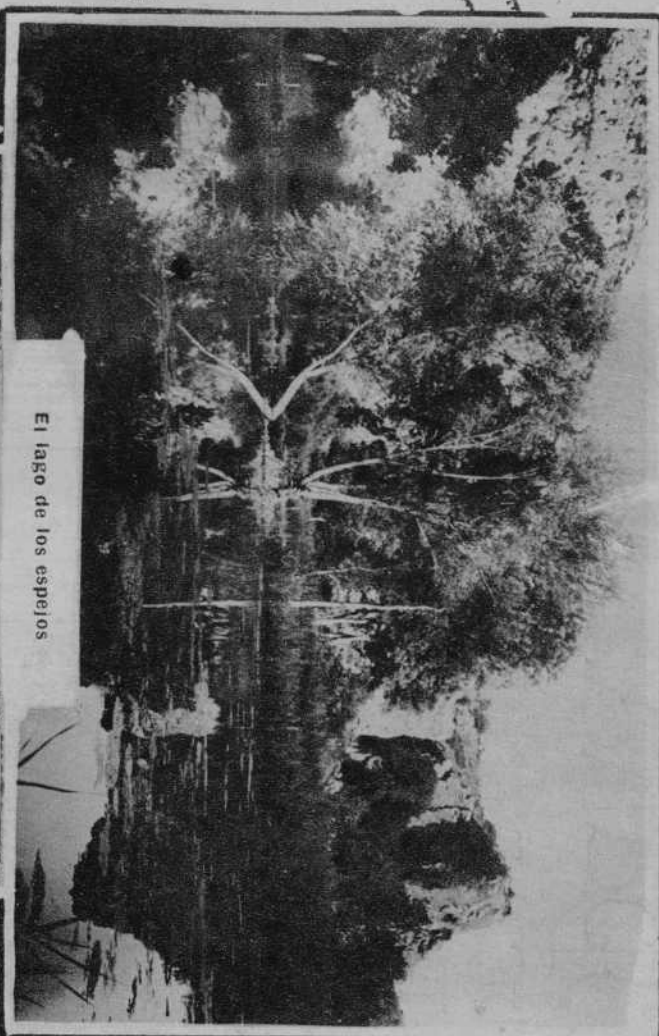
La entrada principal de la Lonja,
maravilla del arte gótico español

BELLEZAS DEL SOLAR IBÉRICO

El monasterio de Piedra



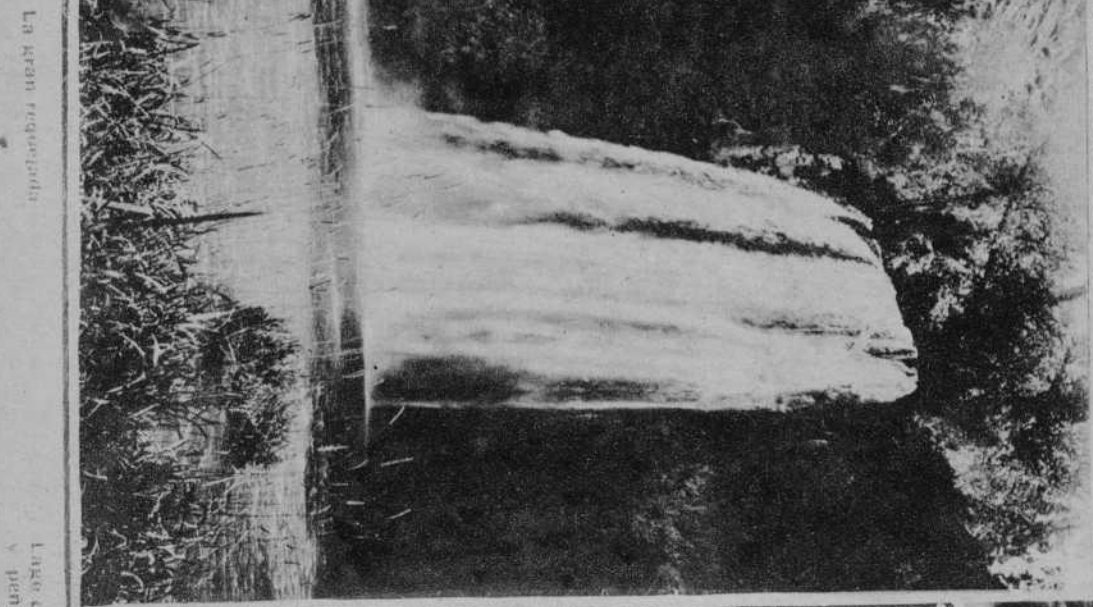
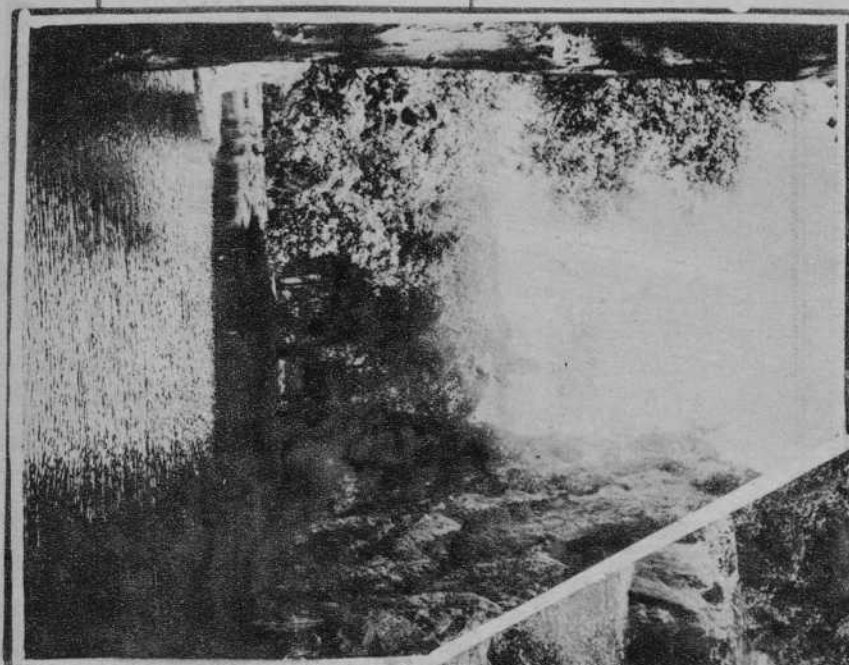
Oira de las grandes
requetadas



El lago de los espejos

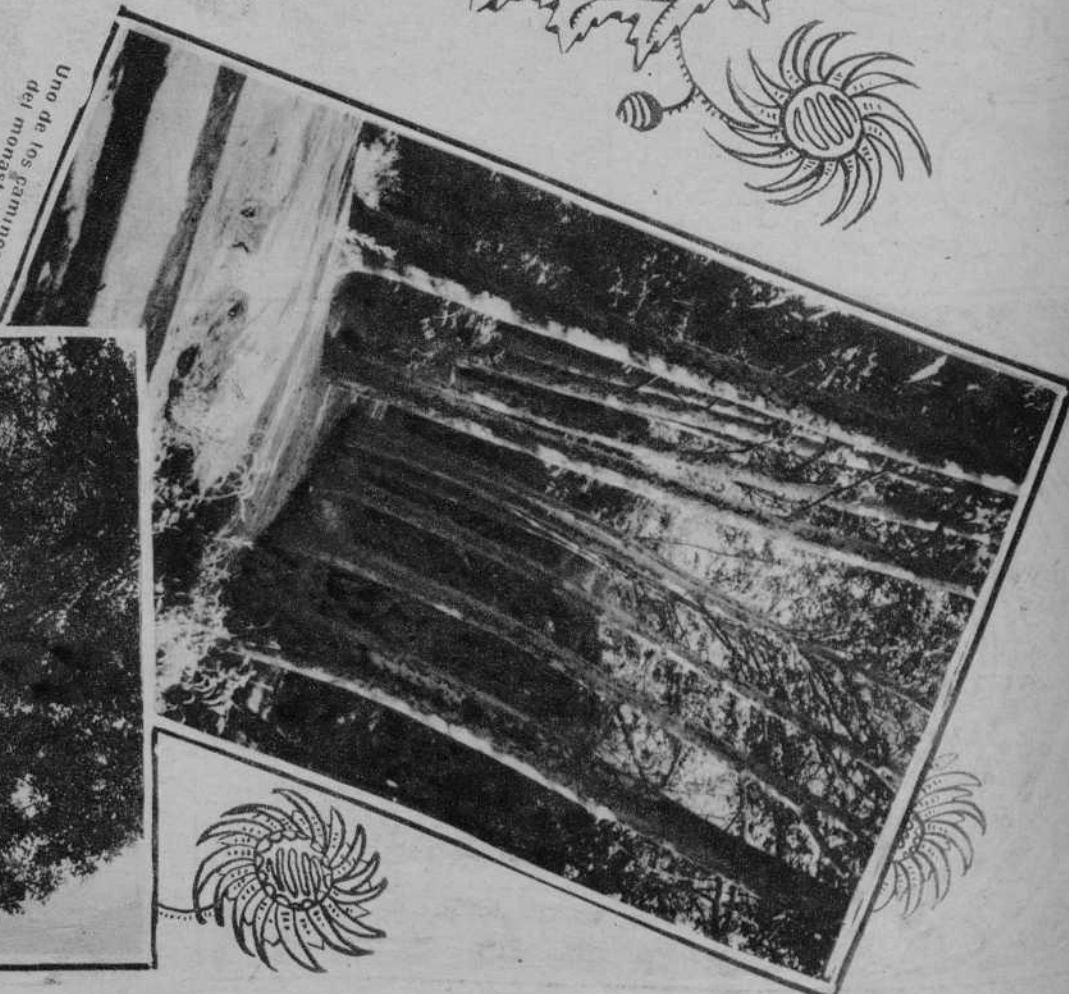


Un aspecto del río
Piedra



La gran requetada

Lago de los espejos
y piana del diablo



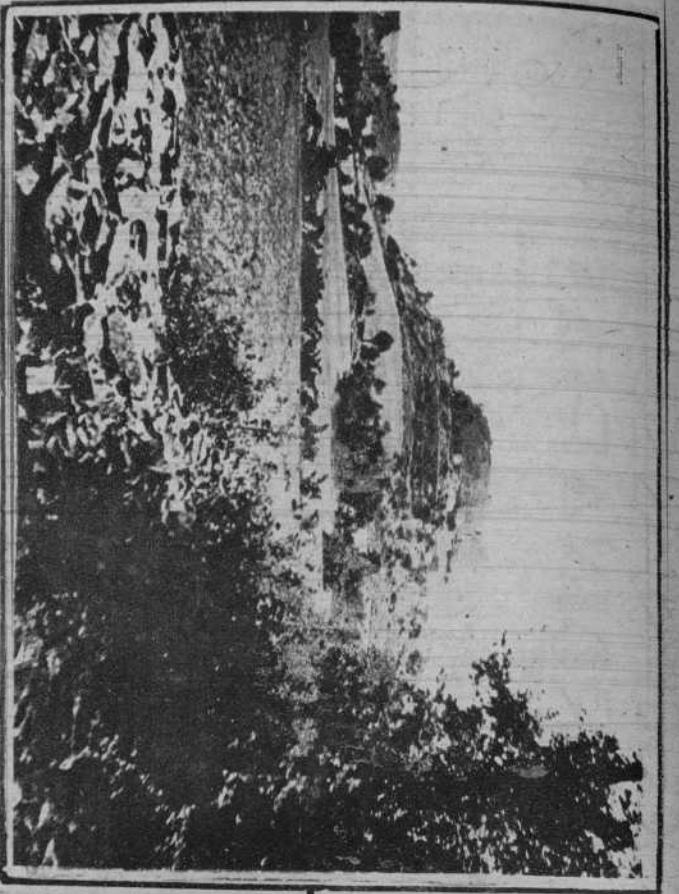
Uno de los caminos
del monasterio



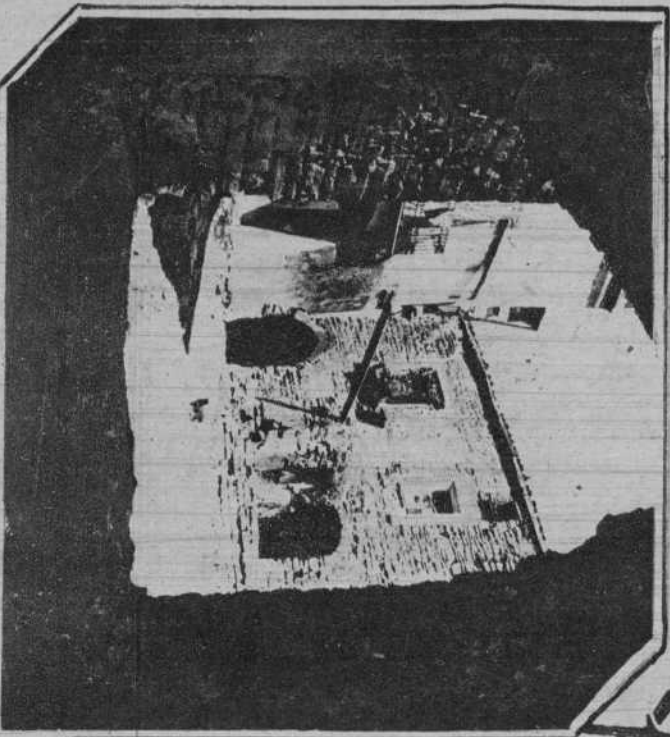
El monasterio de Piedra (Vista parcial)

El vado
(Fots. Gratullia)

Los pueblos
encinturados
Montfalcó
(LÉRIDA)

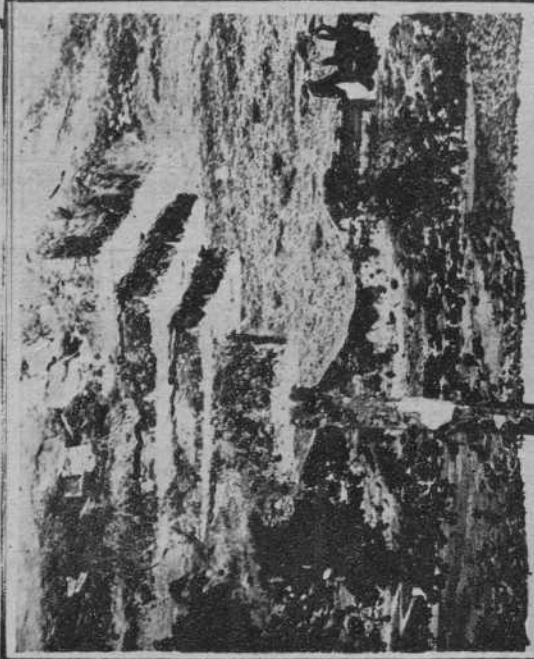


Las murallas desde la parte Sur

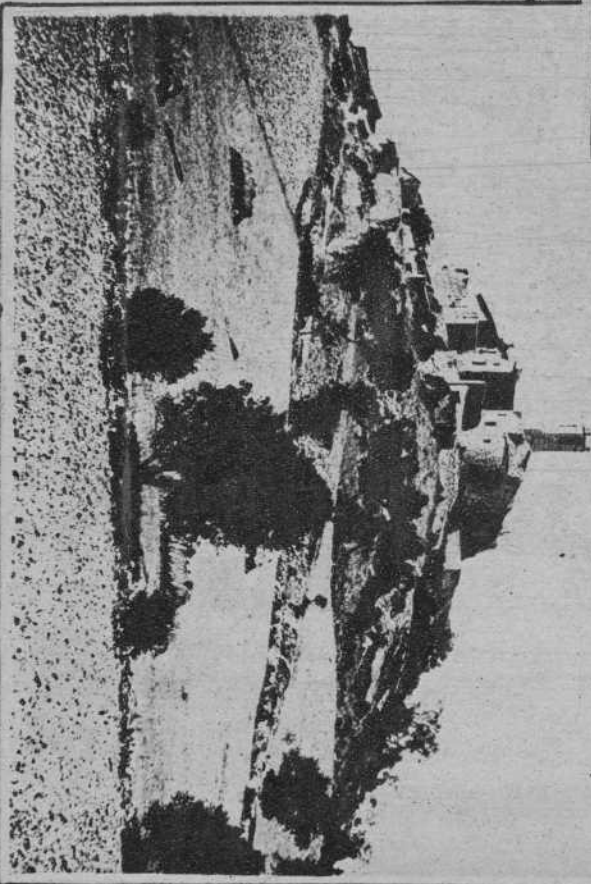


El único acceso a la población, como puerta de una madriguera gigantesca

Caen las viejas cinturas peirreas de ciudades y aldeas del medievo, renvidas al peso de los años o vencidas por la piqueta del hombre, que busca mayor espacio y libertad.
Pero algunos muros todavía conservanse en pie, firmes ante la inclemencia del tiempo o ante la arremetida del hombre. Así, Montfalcó, la pequeña aldea asentada en un montículo, parece vivir aun su reclusión medieval.

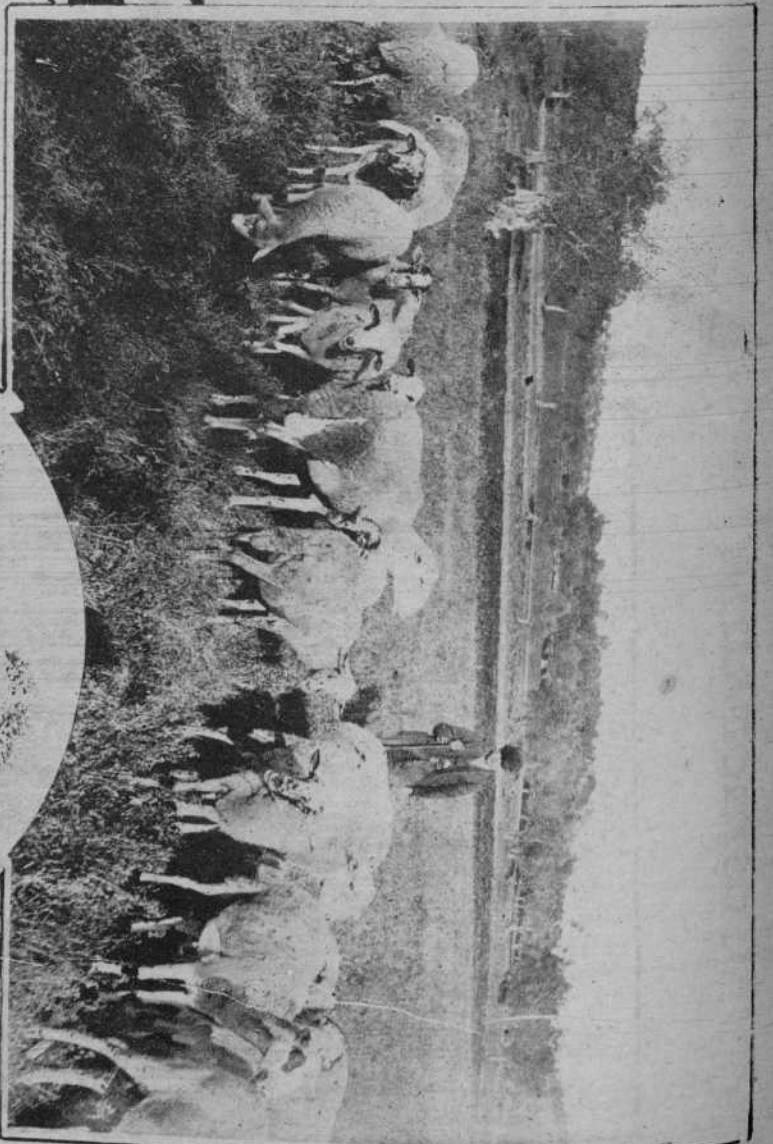


La cruz de término, fuera de las murallas

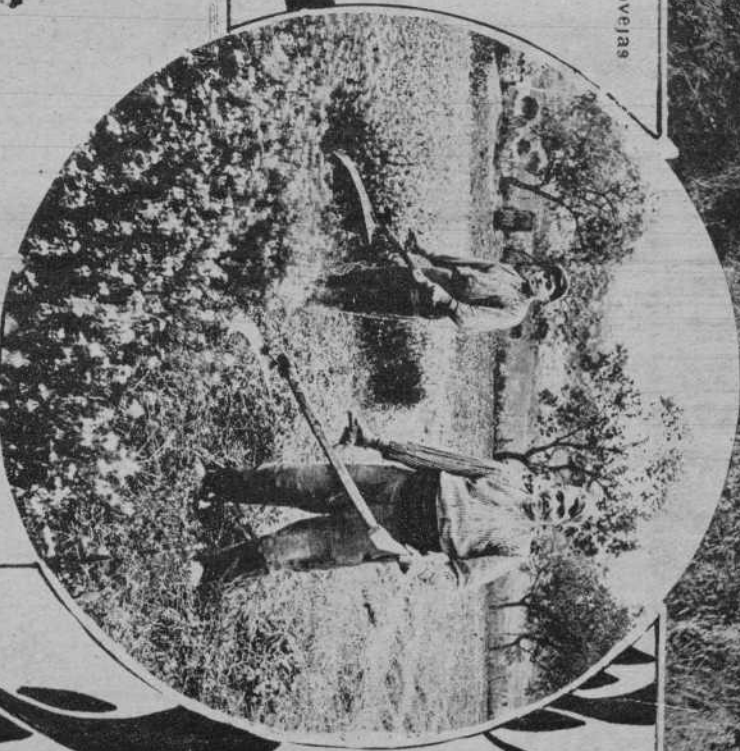


El poblado visto desde su parte Norte

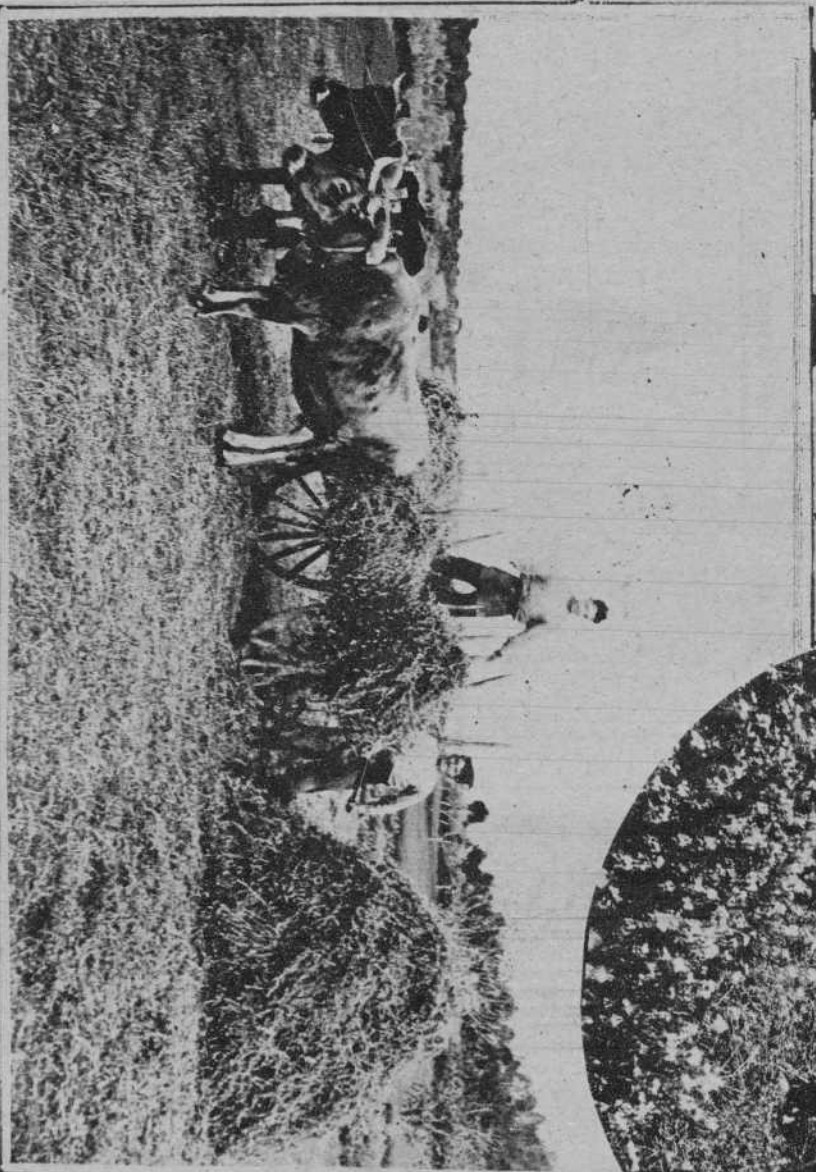
Sodoleros
de
Sapera



Apacentando las ovejas



Corriendo alfalfa



Cargando el heno.—(Fots. Vila)

AYER Y HOY

..... por Juan José López Jiménez

Pasaron varios meses. La Rosa fue abandonada por el Pepe Luis, que preso en las artimañas de la astuta sirena, cayó en el lazo que se le tendía como débil corderito. Aquella acción fue golpe mortal para el corazón de la dulce enamorada, que vio pisoteados sin piedad sus puros sentimientos de cariño, hacia el hombre ingrato y presuntuoso, víctima de la más turbulenta de las pasiones, protagonista de aquel drama sensual, en el que imperaba el macho autoritario; bestia inmundada propicia a los desenfrenados alientos de la carne, esclavo de los arrebatos impúdicos que hacen del ser humano la más despreciable de las criaturas. El amor dulce y precioso del ayer, fué vencido por el imperio de la carne, arrastrado, por el amor de hoy, mezcla compacta de pasiones inarmónicas, tal como los gritos inarticulados del desenfrenado Jazz.

III

Dos golpes dados fuertemente en la puerta del piso de la Rosa, sobresaltaron a ésta, que con cierto temor fué a abrir sin acertar a comprender quién pudiera llamar así a tales horas.

Al abrir la puerta retrocedió espantada al encontrarse frente a frente con Pepe Luis que, con el semblante descompuesto, entró en la habitación.

Pepe Luis.—Por fin.

Rosa.—(Cierra la puerta) ¿Tú...? ¿A qué vienes...? ¿Dí? Pepe Luis.—Cállate... no grites... escúchame... quiero que te apiades de mi desgracia.

Rosa.—¡Márchate! Sal de mi casa; entre nosotros no hay nada, no puede haberlo después de tu acción, ¿o es que todavía vienes para gozarte contemplando tu obra? ¿Te ha parecido poco lo que de mí has hecho? Vete, vete, no eres digno de que te escuche; tu sola presencia deshonra esta casa, que fué honrada hasta que tú pusiste el pie en ella. S. I. pronto o haré que lo hagas por la fuerza.

Pepe Luis.—Por Dios te lo pido, Rosa; no me condene sin oírme antes; es necesario, es preciso que me oigas por última vez; no hagas mayor mi desventura con tu desprecio. Te lo juro, Rosa: en cuanto me oigas me marcharé para siempre.

Soy un malvado, bien lo sé; el cariño que te tengo es lo que me ha hecho que venga a ampararme a tu lado.

Rosa.—Cállate, que la palabra cariño es una blasfemia en tus labios. ¡Cariño! Después de lo que has hecho así que has tronchado mi alma sin piedad; así que has roto mi honra por el arroyo, haciéndola estigma infamante juguete de tus desatinos y de tus impúdicos deseos. Pepe Luis, no eres digno de que te escuche, no lo mereces. Pepe Luis.—Todo lo que digas es poco, más me merezco, lo sé. Soy un malvado que se aproveché de tu debilidad, que vilanamente te ultrajó; pero si vieras cuán

cas del arte divino de Goya; de aquellas manolitas de rumbo y tronio inmortalizadas por el popular sainetero don Ramón de la Cruz, junto con las fiúdas notas del castizo penitágrama de Barbieri.

—Así te quiero yo—contestó Pepe Luis—Lo que has dicho es la verdad y fuera fe-minismos ridículos. Ahí tenemos, como ejemplo, a la Berta, esa oxigenada que está alucinada con esas engañosas modernistas, y es que el gusto está atrofiado, ni hay sentido común ni hay seso en la cabeza. ¡Cómo está el mundo!

—Tienes razón—dijo una de las vecinas—. Los hombres habéis perdido tó, cuando os acercáis a esas mujeres, con más pinturas en la cara que en la paleta de un pintor. La elegancia, llamamos hoy a esas escobas con faldas, es decir, si así se puede llamar a un palmo de tela mal medido; yo, la verdad, no sé qué substancia se puede encontrar en esas niñas tan intelectuales, como poco nutritivas. Y en resultados, vamos a ver; ¡qué es el padre de la Berta? Pues, un mal zapatero remendón.

—Señá Rosarío, ¡por Dios!—interrumpió la Rosa.

—Ná, chita, que la verdad ha de respaldar a la luz del sol—contestó la aludida.

—Alto el carro—interrumpió Pepe Luis.—Vámonos, Rosa, a marcarnos ese baile con todas las de la ley.

Y acto seguido, se perdieron ambos entre aquel confuso tropel, entregándose por completo a las dulzuras que les brindaba la bulliciosa noche verbenera.

II

Las comadres del barrio estaban escandalizadas: la hija del señor Cipriano se presentaba en público, tomando parte en un concurso de belleza, organizado por cuenta de una importante casa cinematográfica americana. Pese a todos los abjetivos más o menos voluminosos con que fué bautizada, la Berta se presentó al concurso.

Aquel acto fué más que suficiente para que el Pepe Luis cambiara de opinión, desde entonces volteaba en torno de la Berta, como abejorro junto al panal de dulce miel.

Para él la Rosa era ya algo anticuada; su espíritu mujeriego se aprestaba a la nueva conquista, seguro de su triunfo; su chulapería se resistía al fracaso.

La circunstancia a su favor era el odio que entre sí se tenían las dos mujeres; caería en la trampa que cautelosamente le tendía la sirena ofendida en su vanidad femenil, al verse suplantada por la chulapa. Nada hay en el mundo más vengativo, que una mujer desairada en sus ardientes deseos. Así se vengará la Berta del desprecio que la hizo el Pepe Luis, que loco por la belleza de la Rosa, despreció su vehemente pasión, arrinconándola en el olvido y la indiferencia.

Pepe Luis pretendía a la Rosa y al fin fueron novios. La Rosa es hoy Sor María del Amparo y vive retirada del mundo consagrada a los desvalidos y necesitados.

Sufrió mucho y amó más, recibiendo su infinita ternura el cruel zarpazo del destino que, destruyendo su alma, la mató en la vida, renunciando a otra nueva de sacrificios y abnegaciones heroicas.

I

Es en una típica noche verbenera, cuando tenemos ocasión de conocer a Pepe Luis que junto a Rosa, está sentado a la puerta de la casa de ésta, acompañados de varios vecinos. La más franca alegría reina entre ellos.

Pepe Luis es un ferviente mantenedor del casticismo y la chulapería madrileña. Por calles y plazuelas paseaba su petulantía, imitando a aquellos ridículos entes de sainete que, por fortuna, tan sólo han existido en la fecunda mente de nuestros más célebres saineteros.

—Pues no os digo ná de la modernidad actual: el feminismo; valiente primá. Por que vamos a ver, ¡qué más puede descartar una gachí, sino que sus ojos sirvan de espejo a un castizo, embelesándose mutuamente con un chotis en la romántica Pradera, el aristocrático Prado o el chulo Avenida, que entioavía conserva el perfumado alito de aquellas majas y manolitas, mujeres de verdad y no las de hoy, esas espiritualmente, con más huesos que molla? Verdaderas, que da pena ver Madrid. Sus mujeres, obcecadas, han arrinconado el hermoso pañuelo de flecos en el fondo del arca y allí se pudre de dolor por la ceguera del sexo débil. ¡Ay, señá Rosarío, la majera española ha muerto!

Rosa, que es un excepcional y raro caso de mujer española, contesta enardecida a Pepe Luis:

—No, Pepe Luis, la majera española no ha muerto, no morirá nunca... Está completamente ligada a España... va dentro, muy dentro de nuestros corazones; a donde veáis una mujer de España, veréis una manola, lleva por corona su típica mantilla de blondas y satura el espacio con el suave arrullo de su voz cristalina, encanto de ángeles y querubines. Como obra de Dios, no morirá nunca, siendo su cuerpo la envidia de todas las flores del soberbio jardín español. La mujer española es virgen, es chula, es la alegría del solar patrio, es la concentración exacta de la vida.

La que así nos habla no es alta ni baja, está dentro de eso que los poetas suelen llamar el tipo idealizable de mujer. Su cuerpo, magnífico capullo de embriagador perfume y matices subyugantes, parece hecho con todas las flores del jardín andaluz. Rosa es el perfecto tipo de mujer española, de sangre ardorosa y firme voluntad; es el símbolo genuino de aquellas majas plásticas

CAPITULO VI

Revelaciones y lágrimas

En la necesidad de dirigir una mirada doble y simultánea a los personajes que toman parte en este último libro de nuestra novela, volvamos al pueblo, donde el aguacero había descargado con tal ímpetu, que los sencillos habitantes habían tenido que refugiarse en sus hogares.

El reloj de la iglesia dió siete sonoras campanadas, y un hombre, cobijado bajo un enorme paraguas, atravesó la calle Real y se precipitó en casa de la señora Antonia.

Apenas entró, quitóse la montera, que dejó sobre una silla, colocó el paraguas en un rincón, y volvió la vista hacia la madre de Ana, que, colocada de hinojos ante un pequeño crucifijo, oraba con extraordinario fervor.

El recién llegado era el señor Santiago Ferreiro en persona.

Su rostro revelaba agitación.

Al ver sola a la señora Antonia giró en torno suyo la vista, aunque trabajosamente, a consecuencia de la desmesurada altura del cuello del chaleco, y sacudiéndose las polainas, que venían empapadas de lodo, dijo:

- ¿Y la niña?
- No ha vuelto de la montaña aún—repuso la madre sollozando.
- ¿Que no ha vuelto?—repitió el alcalde.
- No.
- ¿Y por qué la has dejado salir? ¿Ves? El cariño nos perjudica muchas veces.

—Sí, ya lo conozco; pero, ¿quién había de figurarse esto?

El señor Santiago guardó silencio; dió algunos paseos a lo largo de la habitación con las manos metidas en los bolsillos de su calzón corto, y calándose de nuevo la puntiaguda montera y tomando el paraguas, murmuró algunas frases ininteligibles.

Luego abrió la puerta y se lanzó a la calle.

La señora Antonia se levantó entonces, corrió hacia el sitio por donde había desaparecido el alcalde, y le llamó repetidas veces.

Aquel volvió hasta la puerta y preguntó:

- ¿Qué quieres, mujer?
- Que me digas dónde vas.
- ¿Dónde he de ir? A la montaña.
- ¡Ah, no, no! Ella volverá; se habrá refugiado en alguna casa de campo. No vayas así.

Ferreiro se encogió de hombros y se dispuso a partir; pero ante las reiteradas

¿Quién era ella?

Ni uno ni otro lo revelaban.

Y ambos acudían todas las tardes al mismo sitio; a las mismas horas, y se veían sonriendo. Pero es cierto también que se alejaban suspirando, y que ninguno de los dos se apercebía de que un bulto, vago como un fantasma, seguía sus pasos recelosamente cuando volvían a la población.

CAPITULO V

La tormenta

Alejandro llevaba su reserva y su melancolía hasta la exageración.

Parecía un misántropo.

La caza había sustituido a los libros, y con la escopeta al hombro y un cuchillo de monte a la cintura, se le veía desaparecer por la montaña.

Su decidida afición le llevaba muchas veces a algunos parajes en los que la idea de la muerte hubiera podido detenerle.

Porque han de saber aquellos de nuestros lectores que no lo sepan, que en los montes de este país, como en todos los que atraviesa de Oriente u Occidente la cordillera cántabro-astúrica, son tantos los jabalíes, los astutos lobos y los osos que habitan aquellas asperezas o sus álgrestes bosques, que no pocas veces se halla en grave riesgo la vida del transeúnte.

El oso, animal terrible, que con bastante frecuencia se deja ver a no mucha distancia de las poblaciones de Asturias y Galicia, huye generalmente de sus perseguidores; pero cuando embiste es tan tenaz e indómito en la lucha, que sólo una mano experta y un corazón sereno le pueden vencer.

Uacista comenzaba a alterar, por el afán de la caza, su método de vida; pero ni una sola tarde dejó por esto de sentarse al pie del árbol donde otras varias veces oía las melancólicas notas de la canción.

Después la sombra pasaba ante él, y le decía, como siempre:

—Buenas noches, señor Alejandro.

Y se perdía entre los árboles.

Uacista no tornaba al pueblo para formar parte como otras veces de la tertulia del señor cura, sino que permanecía solo, triste y pensativo, sin otra compañía que la luna cuando brillaba, o las medrosas sombras de la noche, que le envolvían completamente.

Por entonces, una mañana Uacista pasó casualmente por delante de la casa del señor Santiago Ferreiro, alcalde del pueblo.

Ana estaba a la puerta.

Pero al ver al médico, sus pálidas mejillas se colorearon de un vivo carmín.

—Buenos días, señor Alejandro—le dijo.

Y en su inflexión, en su acento, en su vibración melancólica, en todo, pudo conocerse que su voz era la misma que saludaba a Uacista en la montaña.

to sufrir, cómo peno mi ceguera en estos momentos. Escécheme aunque sólo sea por el cariño que me has tenido, por el que todavía me tienes. Tí has sido siempre para mí, el amor puro, la pasión que nos eleva hasta el mayor grado de felicidad que puede existir; lo reconozco; ¡cuán ciego fui!

—Rosa (que se dejaba vencer por las palabras de su amor, se acerca tímida a él). — ¿Pero qué has hecho? ¿Qué te pasa? ¿A qué has venido?

—Pepe Luis.—Es algo espantoso lo que me sucede, algo horrible que tu inocencia no puede imaginarse.

—Rosa.—Pero dí, me asustas.

—Pepe Luis (en un arranque de desesperación).—¡Soy un criminal!

—Rosa.—¿Eh? ¿Qué dices? No, no, puedes ser; debo haber oído mal. ¿A quién has matado?

—Pepe Luis.—A la Berta.

—Rosa.—¡Santo cielo!

—Pepe Luis.—He matado a la Berta, a esa mala mujer que me robó tu cariño, que me hizo esclavo de sus caprichos, juguete de sus pasiones. ¡Rosa, Rosa mía, cuán desgraciado soy!

—Rosa.—Huye, Pepe Luis, huye antes de que sea más tarde; hazlo por mí, por nuestro cariño... por el sublime recuerdo de aquel amor que es toda tu vida.

—Pepe Luis.—No sé, Rosa, sin que antes me oligas; después poco me importa todo, es el castigo merecido a todas mis culpas, a mi gran maldad para contigo; te amo, nuestro amor no puede morir, no morirá nunca. ¡Fui un ciego, un loco, quise engañar mis sentimientos; mi corazón ha sido siempre tuyo, sólo tuyo; tú, mi santa mujer, la idealización de mis pensamientos. No merezco tu perdón, no soy acreedor a él (llora desconsolado y preso en el más tortuoso de los laberintos).

—Rosa (en un arranque mal contenido de su trinito de mujer).—¡Mí! Pepe Luis!

—Pepe Luis.—Rosa, mi Rosa (un abrazo une a los dos amantes en su infortunio).

—Rosa.—Pepe Luis, te lo juro: mi corazón ha muerto para el mundo; tuya soy, siempre tuya. Nuestras almas vivirán eternamente unidas; somos dos víctimas del destino. Dios lo quiere así, vivamos unidos en el lazo indisoluble de la espiritualidad de las almas, santa unión apartada de las ficciones de este mundo manciador de almas donde sólo impera la trición... el engaño.

—Pepe Luis.—Tengo miedo de perderte; soy tan feliz ahora a tu lado...

—Rosa.—Nada temas, mi amor; ahora eres mío, sólo mío... (en un arranque de la leona que defiende a su carrotero). Nuestro amor ha vencido... ¡llora... llora...

IV

Nadie en el barrio supo a dónde había ido a parar la Rosa después de haber sido detenido el Pepe Luis.

Los diartos madrileños daban cuenta aquel día del cumplimiento de la sentencia recaída en el autor del espantoso crimen de la calle de la Encarnación, que, como nadie ignoraba, había sido condenado a la última pena.

(De nuestro Concurso de Cuentos).



HISTORIA NATURAL

PAJARO BOBO O PINGÜINO

Cuando los españoles que componían la expedición de Magallanes llegaron a las costas del estrecho que lleva el nombre del ilustre navegante, quedaron asombrados al ver en ellas unas aves raras que tenían las plumas y las alas tan cortas como el cuervo, y no podían volar, pasando casi todo el tiempo en el mar.

La torpeza con que aquellos seres se movían, hizo que aquellos audaces navegantes les diesen el nombre de "pájaros bobos".

Más tarde, los viajeros ingleses y holandeses, encontrandoles gran parecido con los pingüinos de los mares del Norte, aplicáronles este nombre, pero conviene seguirlos llamando como nuestros compatriotas los llamaron al descubrirlos.

Los pájaros bobos son tan diferentes de todas las demás aves, que con ellos se ha hecho un orden aparte. Todo su plumaje es muy duro, menudo y apretado, ofreciendo más aspecto de escamas que de plumas, y las alas, cuyos huesos son muy cortos y gruesos, recuerdan las aletas de tiburón.

En realidad, el oficio de aletas hacen, pues cuando los pájaros bobos nadan, vólese de ellas a guisa de remos, empujando las patas como timón.

Estas extrañas aves viven en las regiones antárticas, y todas ellas constituyen una familia única, aunque con media docena de géneros y cerca de veinte especies. De éstas, la más conocida, la que más se ve en los jardines zoológicos es el "pájaro bobo del Cabo", cuya costumbre suelen tomarse como tipo para describir el género de vida de estas aves, y que habitan en número incalculable al extremo sur de África.

En cambio, el "pájaro bobo emperador", que vive en los hielos del Antártico, y el "pájaro bobo real", que se encuentran en el estrecho de Magallanes, las Falkland y la Georgia del Sur son muy poco conocidos. Estas dos especies son, como si dijéramos, los gigantes del orden, pues hay ejemplares que miden una vara de altura y pesan, a veces, 40 kilos; mientras las demás especies no pasan de dos o tres palmos de altura ni de cinco kilos de peso.

De los que viven en las tierras antárticas propiamente dichas, el "pájaro bobo de Adelia" es el más frecuente, abunda extraordinariamente, contándose a veces en un solo bando más de un millón. En el mes de octubre, estas singulares aves se meten tierra adentro y, a principios de noviembre, ponen dos huevos, rara vez tres. En las mismas islas se encuentran grandes colonias de otra especie, muy rara en las demás tierras australes, conocida con el nombre de "pájaro bobo de collar", por una estrecha lista que tiene en torno de la garganta, y es el más atrevido de estos animales, llegando hasta el punto de atacar ferocemente a cualquier otra ave que penetre en una de sus colonias.

En la Georgia del Sur, otra especie de "pájaro bobo", que ha recibido el nombre de "Juanito" por ser su carácter sociable y, a la vez, pendencioso y travieso como un chiquillo, forma grandes colonias de millares de aves, que salen a la playa, deteniéndose de vez en cuando para contemplar a los tripulantes de algún barco entre curioso-

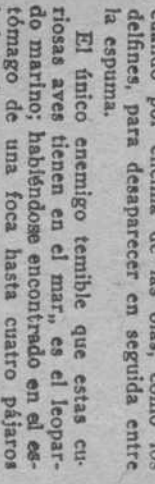
sas y temerosas, como los indígenas de un territorio inexplorado cuando por primera vez ven llegar hombres blancos.

Por regla general, anidan en la cumbre de las colonias, bastante lejos del mar, y todos los días se ven obligadas a dar un gran paso para buscar en el agua su sustento.

Siguen siempre el mismo camino, marchando lentamente, con las alas entrecubiertas y balanceando el cuerpo, como un marino veterano. Vistos así, estos animales tienen un aspecto sumamente grotesco, y a veces se les ve caer como borrachos; pero su cuerpo, verdadera masa de grasa, parece hecho de intento para resistir los golpes. Una vez en el mar, toda su torpeza desaparece como por encanto; nadan con increíble velocidad, y permanecen largo rato sumergidos como peces, saltando de vez en cuando por encima de las olas, como los delfines, para desaparecer en seguida entre la espuma.

El único enemigo temible que estas curiosas aves tienen en el mar, es el leopardo marino; habiéndose encontrado en el estómago de una foca hasta cuatro pájaros bobos de gran tamaño.

B. S. N.



Pero papá, ¿dónde tienen su nido estos pájaros bobos?



Enseñanzas ejemplares

Licurgo, que inspiró a los espartanos su afición al leonismo, era en su lenguaje muy conciso y sentencioso. Le preguntaron cierta vez:

—¿Cómo podremos rechazar la incursión de los enemigos?

—Permaneciendo pobres y cuando nadie quiera ser más grande que otro.

Consultado con respecto a las murallas de Esparta, contestó:

—Una muralla de hombres de corazón vale más que una muralla de piedras.



Este se puso densamente pálido, y la saludó con afabilidad. —¿Va usted a la montaña?—preguntó la muchacha. —Sí, voy a entretenerme un rato. —¿Pues qué! ¿No está usted bien en el pueblo?—volvió a preguntar con timidez Ana. —Demasiado bien, hija mía—repuso Uacista suspirando. Poco después, uno y otro quedaron silenciosos, y el cazador se perdió a lo lejos, y la muchacha se enjugó una lágrima. ... Llegó la tarde. Ana se puso su mantelo de grana sobre su más rica falda, y pidió permiso a su madre para ir a la montaña. —Que no te alejes, hija mía—le dijo la señora Antonia. —No, madre: ya sabe usted que apenas sale la luna vuelvo a casa. La madre y la hija se despidieron con un beso. Ana abandonó su casa, atravesó la plaza, salió al campo y continuó alejándose y caminando, triste, pálida, reconcentrada, como si fuese embargada por un dolor supremo. Algunas nubes negras, plomizas y desiguales comenzaron a extenderse por el espacio. Ana las miró con indiferencia, como si la tempestad que rugía en su pecho fuera mayor que las que aquéllas suelen producir, y siguió andando. El calor era pesado, horrible, sofocante. Las nubes llegaron a hacerse tan compactas, que ocultaron el firmamento por completo. El viento, al estrellarse contra los árboles, producía un gemido desgarrador. La viva e incierta luz del relámpago vibraba de cuando en cuando con espantosa precisión. Ana seguía andando. ¿Dónde iba? ¿Por qué no se volvía? El trueno retumbó en las cavidades de las rocas de una manera solemne. La joven lanzó un grito y volvió la vista atrás. El campanario de la iglesia no se veía desde allí. Ana, amedrantada y confusa, subió a las rocas, miró por entre los árboles, ¡y nada! Su pensamiento la había llevado mucho más lejos de lo que su voluntad deseaba. Ante su mirada sólo se ofrecía el doloroso espectáculo de la tempestad. Multitud de árboles gigantescos, de selváticas plantas, de jarales agrestes, ofuscaban su imaginación y cerraban su paso. El gemido del viento seguía haciéndose más lúgubre, más triste el balanceo de las copas, y más viva la luz del relámpago. Ana cayó de rodillas, con la mirada fija en el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho. ¡La montaña estaba desierta! En su consternación, en su angustia, pronunció un nombre. Era el de Alejandro. Así pasó un momento.

Después quiso levantarse, pero sus piernas se negaban a sostenerla. Ana, con la vista fija, los labios entreabiertos y el oído atento, se puso a escuchar. Creía haber sentido ruido. El miedo y la esperanza la tenían inmóvil como una estatua. El ruido que le pareció oír había sido ahogado por el fragor del trueno y el silbido del huracán. Ana volvió a desfallecer. El relámpago iluminó la montaña con una siniestra claridad. La joven miró en torno suyo, y la esperanza se dibujó en sus labios por medio de una sonrisa. Un bulto negro, pausado, silencioso, descendía por la montaña. —¿Será él?—se dijo Ana suspirando. Y por temor de que José la escuchara, no pronunció el nombre de Alejandro. El bulto seguía avanzando. —¡Buen hombre! ¡Buen hombre!—gritaba Ana, víctima del más horrible pá-nico. Pero su voz se perdía en el horizonte, sin que nadie contestase a sus lamentos. Ana, hallando en sus piernas la fuerza que poco antes le habían negado, se irguió y comenzó a correr. El bulto precipitó igualmente su carrera. La joven, loca, desprovista, vacilante, volvió la vista atrás, lanzó un nuevo grito que resonó como un eco de muerte en la montaña, redobló su ímpetu, abrió los brazos con desesperación infinita, se mesó los cabellos, lloró, suplicó; pero de repente, y cuando ya se creía a salvo del inminente peligro en que se hallaba, se vio detenida por un obstáculo invencible. Era un barranco espantoso, cuyo fondo no era posible vislumbrar. Ana exhaló un gemido doloroso, volvió atrás, tomó nueva vereda, pero se encontró con el mismo bulto de antes, que le cerraba el paso. —¡Ah! ¡Socorro! ¡Socorro!—gritó sin voz, sin fuerza ni aliento. Aquel bulto no contestó a su queja. Sus ojos redondos, fosforescentes, brillaron en la selva de una manera lúbrica. Sus dientes castañetearon en el silencio como los del tigre. La realidad estaba bien lejos de la esperanza. Lo que la pobre muchacha tenía delante no era un hombre, sino un oso, pero un oso más negro que la noche y más corpulento que un orangután. Levantado sobre sus patas, con los dientes rechinantes, las manos dobladas, la mirada inmóvil y la respiración anhelante, parecía disponerse, no a la lucha, sino a la victoria. Un solo momento bastaría para despedazar a Ana entre sus garras. La noche, entretanto, iba cerrando. Ana giró de nuevo la vista en torno suyo, pero ya no vio un bulto, sino dos. Entonces murmuró el nombre de sus padres y el de Alejandro, y cayó al suelo, juntando las manos sobre el pecho con religioso fervor. El oso dió un gruñido horrible, desencajó sus colmillos, produciendo un espantoso crujido, arqueó sus garras, y corrió hacia el desfallecido cuerpo de la joven. Su muerte era segura.